

LA MUERTE POLÍTICA DEL PAPADO ROMANO

MARCADA POR LA SEPARACIÓN DE IGLESIA Y ESTADO

Dr. Alberto R. Treiyer
Julio 2018

La lucha por el predominio entre los poderes religiosos y seculares no ha terminado. Esta es la conclusión a la que llega David I. Kertzer, el autor de un nuevo libro titulado, *The Pope who would be King. The exile of Pius IX and the Emergence of Modern Europe* (2018). Es por esa razón que ha estado escribiendo tan prolíficamente sobre la historia que marcó la pérdida de los Estados Pontificios en la segunda mitad del S. XIX, y la que determinó la recuperación del papado romano como un estado soberano en el Vaticano, ya bien entrado el S. XX. Sobre esta segunda etapa Kertzer publicó en 2015, un libro que ganó el *National Book Award*, titulado *The Pope and Mussolini. The Secret History of Pius XI and the Rise of Fascism in Europe*. Allí muestra este autor judío, el papel primordial que desempeñó el papado en el surgimiento de los estados fascistas de Europa.

Por nuestro comentario al libro *The Pope and Mussolini...*, véase mi página de internet: [<http://www.adventistdistinctivemessages.com/Spanish/Documents/PioXII%20-%20Mussolini%20-%20fascismo.pdf>].

El padre de nuestro autor fue rabino judío, capellán del ejército norteamericano cuando invadió Italia hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Siendo que los judíos fueron tan maltratados por el papado durante siglos de oscurantismo religioso, en venganza por lo que le hicieron a Cristo, Kertzer notó el contraste tan grande que produjo la Revolución Francesa al reclamar un gobierno por el pueblo y para el pueblo, y requerir igualdad para todos. Era natural en un contexto tal, que los judíos tuviesen simpatías por los movimientos políticos liberales, así como en su tiempo simpatizaron también con los movimientos protestantes que les otorgaron la igualdad. Pero esas simpatías los llevaría a ser de nuevo objeto de escarnio en los medios católicos que se esforzaban por recuperar el antiguo poder perdido.

Nosotros, los adventistas, tenemos una sensibilidad histórica semejante a la de los judíos por nuestra comprensión de las profecías bíblicas. Sabemos que en esa lucha religioso-secular, las fuerzas clericales recuperarán su poder de tal manera que el mundo será llevado a su catástrofe final. A pesar de tantos discursos liberales actuales en los medios religiosos, el trasfondo de la contienda no nos permite mirar ingenuamente ni la historia que quiere ser cambiada, ni la realidad que estamos presenciando hoy. Por eso, al destacar los hechos históricos más importantes encontrados en este nuevo libro de Kertzer, no nos contentaremos con la información encontrada en ese libro. Por el contrario, cuando lo consideremos necesario, traeremos a colación otros hechos históricos pertinentes que tienen relación con la profecía bíblica. Confiamos que tal comprensión nos ayudará a entender mejor el papel que nos toca cumplir en esta etapa final de la historia de la humanidad, tal como está delineada en las páginas sagradas.

Al haber leído y comentado el primer libro de Kertzer sobre la relación del papado con el fascismo, no podía quedarme indiferente ante la publicación de un segundo libro como el que

comentaremos ahora sobre los intentos de hacer perdurar la monarquía abusiva medieval ante el auge de las democracias modernas. Sabía que iba a encontrar una documentación impresionante que destaca con una maestría excepcional, lo que hoy quiere ocultarse a toda costa en un nuevo intento por vindicar el cometido político del papado. Me enteré de este libro buscando en internet documentación para un trabajo que compartiré en unos días más titulado, “¿Santa Sede o Nido de Corrupción”? En él muestran que los esfuerzos a menudo bien intencionados de mucha gente que quiere transformar este mundo en un nuevo Edén son efímeros, porque parten mal desde la misma base. Por eso, nuestra fe se aferra sólo a las promesas divinas, ya que sólo Dios según la Biblia, creará nuevos cielos y nueva tierra donde more la justicia. Y la buena noticia es que esto ocurrirá pronto, luego de destruir Dios todos los reinos e imperios de este mundo (Dan 2:44; 2 Ped 3:9-13; Apoc 11:18).

Al completar la lectura atenta de más de 400 páginas en tres días (tal fue la pasión con que las leí), quedé impresionado porque quienes cuentan la historia son más bien sus protagonistas. Kertzer hace hablar constantemente todos los personajes que formaron parte, desde sus diferentes perspectivas, de los hechos que marcaron la muerte del predominio político de la religión sobre los estados europeos y el mundo en general. Esto puede hacerlo porque cuenta con muchos colaboradores, y con la bendición que sólo hoy se puede obtener en cuestión de horas y días, con tantos archivos históricos que se han subido al internet.

Nadie puede negar, al leer los dos libros más importantes de nuestro autor, que los papas siguieron siendo abiertamente absolutistas y antidemocráticos hasta la aparición del primer papa políticamente liberal, Juan XXIII. Mientras que el absolutismo de Pío Nono lo llevó a convocar el primer Concilio Vaticano en el año 1870, para proclamar la infalibilidad papal; el segundo Concilio Vaticano convocado por Juan XXIII en el año 1962 marcó una apertura hacia las otras iglesias y el mundo moderno en general. Pero podemos anticipar que tanto la línea conservadora anterior como la liberal actual, con representantes de ambos sectores que hasta hoy pugnan por el poder, no han renunciado en esencia, a la primacía de un sistema monárquico que heredaron de la Edad Media...

El terremoto político que sacudía Europa en el S. XIX

Kertzer enfatiza la importancia que representó el papa Pío IX para la historia de los tiempos modernos, porque ese papa “sería el último de los papas-reyes, un papel central doble para la doctrina de la iglesia y un pilar del orden de la política europea por mil años” (3). Sin embargo, reconoce que “el *terremoto político* que estaba sacudiendo a Europa” (54) provenía de medio siglo atrás, de la Revolución Francesa que se dio a fines del S. XVIII. Sin estar consciente de ello, nuestro autor usa un término que Juan usó en el Apocalipsis para describir el mismo evento que iba a tener lugar al concluir la opresión medieval.

“En aquella hora hubo *un gran terremoto*, y la décima parte de la ciudad se derrumbó” (Apoc 11:13). También E. de White se refirió al hecho de que “Francia *se estremecía como sacudida por un terremoto*” (CS 330). La décima parte de la ciudad apocalíptica terrenal opresora que cayó tuvo que ver con una de las diez tribus o naciones europeas que estuvieron aliadas con el papado romano por 1290 años desde que el primer rey franco, Clodoveo, fundó su capital en París bajo un sistema que ligó el estado a la religión católica. Ese terremoto político iba a

extenderse luego a toda Europa y al mundo entero, sacudiendo todo predominio religioso, fuese budista, confucionista, musulmán, o pagano.

Varias veces destaca Kertzer el papel de los franceses en el exilio de los papas. Por su importancia en la determinación de una fecha para marcar el golpe de gracia al poder político del papado, anticipado por la profecía bíblica, citaré algunas de sus declaraciones textualmente.

“A medida que las fuerzas de Napoleón se extendían sobre los Estados Pontificios y desbastaban el gobierno papal, dos papas fueron removidos por la fuerza en Roma, uno después del otro, y llevados al exilio por las tropas francesas. Pío VI, exiliado de Roma en 1798, murió al año siguiente en Valencia, Francia. El cónclave para elegir su sucesor, Pío VII, no se lo tuvo en Roma, *donde se había proclamado el fin del gobierno papal*, sino en Venecia. Aunque se le permitió brevemente a Pío VII volver a Roma, en 1809 fue tomado también por las tropas francesas y llevado a Francia” (15-16).

“En 1798 Napoleón tomó Roma y llevó al papa Pío VI al exilio. Una década más tarde sus ejércitos volvieron y forzaron a su sucesor, Pío VII, a abandonar la ciudad. Ahora el ejército francés había tomado Roma de nuevo, y de nuevo la suerte de un papa Pío descansaba en sus manos” (257).

¿En qué consistía ese terremoto político? Klemens Metternich, el canciller del imperio austríaco que apoyaba al papa Pío IX lo entendió bien. “El mundo se levanta contra la misma idea de un gobierno tal [como el que ejercía el papa en los Estados Pontificios: teocrático]. El mundo católico está basado en el principio de *autoridad*, mientras que *el mundo no quiere tal autoridad*... El mundo quiere igualdad civil y una *autoridad* basada en la voluntad del pueblo” (34). El mismo papa Pío Nono se encontraba con “su cuarto secretario de estado en menos de dos años”, renunciando porque no quería ser parte del “desmantelamiento de la *autoridad* de la iglesia en Roma” (64).

¡Cómo resuena la palabra “autoridad” en el libro de Kertzer, en referencia al cambio radical que se estaba dando en el mundo! El embajador francés lo expresó en 1848, poco antes que Pío IX escapase de Roma: “Hoy ... *la autoridad del papa* se ha ido por completo, no existe más que en nombre” (109). Carlo Armellini, en su discurso de apertura a la Asamblea laica que se formó en Roma luego que el papa huyó, dijo lo siguiente: “Uds. se sientan aquí, oh ciudadanos, entre las ruinas de dos grandes eras. Por un lado yacen las ruinas de la Italia de los césares, por el otro las ruinas de la Italia de los papas. Es vuestra tarea construir un edificio que pueda levantarse de esas ruinas” (153).

Los diputados de la Asamblea votaron seguidamente, el 9 de febrero de 1849, un decreto histórico constituido por cuatro partes:

1. El papado no debe ejercer *un poder temporal* sobre el Estado Romano ni en hecho ni en ley.
2. El pontífice romano tendrá todas las garantías necesarias para ejercer libremente su autoridad espiritual.
3. La forma de gobierno del Estado Romano tendrá su democracia pura, y tendrá el nombre glorioso de República Romana.

4. La República Romana tendrá con el resto de Italia las relaciones que se requieran por su nacionalidad común (153).

Así, concluye Kertzer, “el poder temporal del papa no existe más. Sólo un ejército podría hacerlo regresar, si podría realmente volverlo atrás” (153).

“Autoridad”. Ese es, justamente, uno de los términos clave que se encuentra en el Apocalipsis para hablar del despotismo papal que duraría 1260 años en forma exacta. “El dragón” [símbolo doble del diablo y del imperio romano de los césares] “le dio su poder, su trono, y *grande autoridad*” (Apoc 13:2). “Se le dio *autoridad* para actuar cuarenta y dos meses” (1260 días, símbolo de años en las profecías apocalípticas). “También se le dio *autoridad* sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación” [una autoridad católica, esto es, universal] (Apoc 13:7).

¿Qué emperador le dio esa autoridad universal al papado de Roma? El emperador romano de oriente, Justiniano, decretó en el año 533 que se comprometía a incrementar “el honor y la *autoridad* de vuestra Sede”. 1260 años más tarde, el 6 de noviembre de 1793, la Convención Nacional des cristianizaba a Francia. El decreto de Justiniano se concretó militarmente en el año 538 cuando los ostrogodos que reinaban en Roma, fueron expulsados de la ciudad, y el papa quedó libre para ejercer su autoridad sin sumisión a un gobierno no católico. En 1798 el ejército de Napoleón quitaba en Roma el anillo de Pedro y declaraba, literalmente: “toda otra autoridad temporal que emane del antiguo gobierno del papa es suprimida y no debe ejercer más ninguna función” (véase documentación en A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets...*, 110).

Pero el papado no quería ceder, ni tampoco los otros países monárquicos católicos que lucharon por varias décadas para reconquistar y mantener esa autoridad que ahora les era quitada. “El vasto Imperio Austríaco parecía al borde del colapso. Los primeros tres meses de 1848 habían sacudido a los gobernantes de Europa: en el norte, la revuelta en Viena había enviado al exilio al [canciller pro-papal] Metternich [de donde no pudo volver más]; en el este, los húngaros estaban requiriendo su propio gobierno representativo; y en el sur, no sólo Venecia y Lombardía, sino también Toscana, estaban en rebelión. En Francia, la monarquía [que había sido restablecida poco después de la Rev. Francesa] había sido derrocada y se había proclamado una república; en Berlín y en Renania, había estallado la revolución; en Frankfurt, cientos de delegados se habían reunido en asamblea y llamado a un sufragio universal masculino y a la unificación de los muchos estados y principados germanos en una nación única. Sicilia estaba en abierta rebelión, y se había forzado al rey Fernando a garantizar una constitución para el reino de Nápoles, así como al rey Carlos Alberto en el reino de Sardinia” (66). Y el mismo papa Pío Nono estaba ya planeando fugarse a otro reino.

Los Estados Pontificios y el Sacro Imperio Romano

Los papas durante prácticamente toda la Edad Media y hasta 1870, habían sido dueños del centro de lo que hoy es Italia, y gobernaban políticamente como reyes. Todos los puestos públicos principales eran administrados por cardenales y obispos. Aunque tal posición privilegiada fue terriblemente sacudida al concluir el S. XVIII, todavía reclamaban en el S. XIX tal jurisdicción sobre lo que se conoció como Estados Pontificios o Papales. Pero después de la Revolución Francesa, muchas de las ciudades principales fueron levantándose en una revolución equivalente.

Sólo por la intervención de los emperadores católicos austríacos podían los papas recuperar tales ciudades en el norte de sus dominios.

Según Wikipedia, “las semillas de los Estados Pontificios como una entidad política soberana fueron plantadas en el S. VI. Comenzaron en el año 535 cuando el Imperio Bizantino, bajo el emperador Justiniano I, lanzó una reconquista de Italia que llevó décadas y desbastó las estructuras políticas y económicas de Italia” [https://en.wikipedia.org/wiki/Papal_States]. Según ya vimos, tales conquistas se concretaron por primera vez en el año 538 cuando el obispo de Roma fue liberado de los gobernantes arrianos que imperaban en lo que quedaba del antiguo imperio romano. Los intentos de Lombardía de reinar sobre lo que se consideraba “Patrimonio de Pedro” a mediados del S. VIII, llevaron a los papas a recurrir a los reyes franceses quienes intervinieron y determinaron que el territorio papal se extendía sobre un buen número de ciudades en la península. En el siglo siguiente se determinó más específicamente cuáles serían los territorios sobre los que gobernaría el papa, y los reyes carolingios intervendrían solo cuando el papa lo requiriese.

Esto es importante saber porque a veces se preguntan algunos sobre la razón por la que en Apoc 13 se representa al papado como “una bestia”, símbolo de imperios, y en Apoc 17 a la Iglesia Católica como una mujer ramera que gobierna sobre un imperio. El papado en la Edad Media no solo imperaba políticamente sobre los reyes de la cristiandad y sobre el emperador a quien coronaba sometiéndolo a una sumisión total a su autoridad pontifical, sino que gobernaba también políticamente como rey. En efecto, “los Estados Pontificios”, dice Wikipedia, “fueron los territorios en la península itálica bajo la autoridad temporal del papa, desde el año 751 hasta 1870” [https://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Pontificios]. En Apoc 17, sin embargo, el apóstol Juan ve a la iglesia corrupta de Roma en el desierto, al final de la historia humana, cuando va a ser sentenciada por Dios para su destrucción. Es en ese período que la iglesia pierde su poder político y vuelve a recuperarlo al final para su condenación definitiva.

Llama la atención también que el *Sacro Imperio Romano* que sucedió en occidente al Imperio Romano de los césares, abarca en términos generales el mismo período de tiempo del gobierno del papa sobre los Estados Pontificios. Ese imperio se estableció en Europa “desde temprano en la Edad Media hasta inicios de la Edad Contemporánea” (véase Wikipedia, Holy Roman Empire). Los historiadores suelen ubicar el comienzo del Sacro Imperio Romano en la coronación de Carlomagno por el papa en el año 800. Otros lo hacen partir desde el S. XIII cuando por primera vez se usó el término Sacro Imperio Romano. Pero no faltan quienes ven en el bautismo de Clodoveo a la fe católica al comenzar el S. VI, el primer indicio de un reino que iba a iniciar una guerra contra los enemigos del papa que imperaban sobre lo que había quedado del imperio romano occidental. El reino de Clodoveo se caracterizaría por su devoción al reino papal bajo un sistema de gobierno político-eclesiástico (véase A. R. Treiyer, *Los Tiempos Apocalípticos del Papado*, caps. 7 y 8).

El Sacro Imperio Romano fue estrictamente católico, aunque en su última parte no pudo evitar tener que admitir la inclusión de la religión luterana y calvinista (toda otra religión fue ilegal). El emperador hacía un juramento por el que se comprometía a defender la Iglesia Católica Romana y ser leal al papa y a sus sucesores. Debía para ello arrodillarse ante el papa y besar sus pies. Como ejemplo citemos la declaración de uno de los emperadores. “En el nombre de Cristo, yo,

Federico, el emperador, prometo, me comprometo y garantizo a la vista de Dios y el bendecido apóstol Pedro que seré el protector y defensor de esta Iglesia Romana por todos los medios que le sean útiles a ella”. El papa daba al nuevo emperador una espada y decía: “Recibe esta espada de la mano de los obispos quienes, aunque indignos, se consagraron para ocupar el lugar y la autoridad de los santos apóstoles. Te la entrego con nuestra bendición con el propósito de que sirva para la defensa de la santa Iglesia, divinamente ordenada”. Y ponía entonces la corona sobre la cabeza del nuevo rey.

Es por tal razón que el Apocalipsis describe a la Iglesia Ramera como prostituyéndose con los reyes de la tierra, y jinetando el Sacro Imperio Romano representado ahora bajo el símbolo de una bestia. En efecto, el Sacro Imperio Romano se caracterizó por el gobierno del emperador en sumisión al papa. Tal es así que el color escarlata identifica en el Apocalipsis tanto a la iglesia ramera como al estado monárquico medieval. Y los títulos blasfemos papales impregnan el Sacro Imperio Romano, por participar de las “abominaciones” o idolatrías blasfemas de la iglesia ramera (Apoc 17:3-5). Así también el “misterio” que trae involucra a ambos (v. 7). No olvidemos que los emperadores asumieron la agenda papal para evangelizar Europa mediante la espada de los ejércitos imperiales.

¿Cuándo terminó el Sacro Imperio Romano? El 6 de agosto de 1806, cuando el último emperador, Francisco II de Austria, lo disolvió luego de sufrir una derrota a manos de Napoleón. La Revolución Francesa, caracterizada por su secularismo, terminó acabando con él. El papado había ya perdido toda ascendencia sobre ese Sacro Imperio Romano al ser destituido en 1798.

En el S. XX se intentó hacer reflotar nuevamente la idea de un Sacro Imperio Romano que imperase en Europa, pero sin éxito. Más recientemente, el papa Benedicto XVI reclamó en la encíclica *Caritas in Veritate* (2009), la necesidad de establecer una “autoridad mundial” capaz de imponer un orden económico que trajese estabilidad al mundo. Algunos lo interpretaron como un llamado a nombrar un nuevo emperador, esta vez mundial, para regir otra vez el mundo como lo había hecho el papado a través del Sacro Imperio Romano. Pero la autoridad mundial requerida por el papa Benedicto XVI no será ejercida esta vez por otra potencia fuera del gobierno republicano y protestante de los Estados Unidos. Sería ese gobierno el que restauraría al papado romano en su pedestal político anterior (Apoc 13:11ss).

Conviene conocer bien esta historia para poder entender mejor todo lo que implicó el período de muerte política del papado y su pérdida de los Estados Pontificios desde 1870 hasta 1929. Durante todo ese tiempo los papas, comenzando con Pío IX, se exiliaron en el Vaticano y no salieron de allí para no reconocer al nuevo estado secular romano. Eso cambió cuando Pío XI firmó el Concordato Laterano con el dictador Mussolini en 1929. En ese año el papado obtuvo un reconocimiento de su soberanía sobre el diminuto Estado Vaticano y sobre varias otras propiedades dentro de la antigua ciudad de Roma, entre ellas el Palacio Laterano de la Santa Sede que está en el Monte Celio y que sirve de sede también para el Vicariato Romano.

En efecto, al perder los Estados Pontificales en 1870, “Pío se autodesignó como prisionero”, confiando en que la divina Providencia iba a permitirle recuperar tales estados. “El pontífice esperaba que 1870 podría repetir 1848 [cuando huyó de Roma y pudo volver más tarde], así como 1848 había probado repetir 1798 y 1809”, cuando Pío VI y Pío VII fueron llevados en

exilio como prisioneros y, a pesar de eso, los otros papas pudieron más tarde establecerse otra vez en Roma (344). A partir de 1870 se hicieron circular por toda Europa tarjetas que llevaban la imagen de Pío Nono como prisionero entre las barras de una cárcel. Pío IX excomulgó a todos los que formaron parte de la nueva república secular, y condenó en su encíclica *Quanta cura*, que estuvo acompañada de un Sílabo de Errores, “la libertad de expresarse, la libertad de prensa y la libertad de religión”. Declaró allí que todos los católicos estaban obligados a rechazar la idea de que “el Pontífice Romano puede y debe reconciliarse al progreso, al liberalismo, y a la civilización moderna” (340).

Desde 1848, cuando Pío Nono huyó de Roma, nunca más iba a establecerse el papa sobre el Palacio Quirinal, el más alto de los siete montes de Roma, donde el papado se había establecido desde muchos siglos atrás. A partir de 1871, ese palacio pasaría a ser la residencia del nuevo reinado de Italia, y posteriormente del gobierno italiano hasta el día de hoy.

Las funciones papales y eclesiásticas en los Estados Pontificales

“Eran tiempos de transformación en Europa. El viejo orden estaba desquiciado por la industrialización, los avances revolucionarios en la transportación, y las dudas crecientes en el orden social ordenado divinamente” (3). El papa Gregorio XVI, predecesor de Pío Nono, “se había ganado bien la reputación de ser enemigo de todo lo que era nuevo. Se oponía a permitir vías de tren en su reino, y había prohibido también a sus súbditos participar en los congresos científicos que se multiplicaban por toda Europa...” Tal es así que cuando murió se inventaron muchos chistes, uno de los cuales afirmaba que al llegar ante San Pedro a la antesala del cielo, apenas podía el papa moverse por lo cansado que estaba. “¿Cuánto más falta para llegar al cielo?”, preguntó el exhausto papa. “Bien”, replicó San Pedro. “Si tan solo hubieras permitido las vías ferroviarias, ya podrías haber estado allí” (10).

“La pobreza hundía al campo, pero los suntuosos palacios de los S. XVI y XVII que pertenecían a los aristócratas y a los cardenales, proveían trabajo para muchos en el pueblo de Roma... Por siglos habían los papas provenido de esas familias. A pesar de la riqueza de sus aristócratas, el esplendor de los frescos de sus palacios, y la magnificencia de las muchas iglesias de la ciudad, la capital del cristianismo dejaba una vista lamentable. Cerca de la mitad de las tierras dentro de las murallas de la ciudad consistía en campos abandonados”. Cuando llovía mucho, las calles se volvían un barrial o lodazal, y las aguas fétidas y amarillentas del río Tíber que en nada contribuían a la salubridad, inundaban parte de Roma. Quienes más se veían afectados eran los judíos por vivir en las zonas más bajas de la ciudad.

En el verano la malaria hacía estragos con el calor. Cuando los clérigos ordenaron a la población replegarse en sus casas para evitar los levantamientos populares, la gente se hacinaba en su interior. Un escritor ruso dijo acerca de Roma: “Hay algo senil, obsoleto, desolado y dilapidado en el exterior de la ciudad; sus calles melancólicas, sus palacios tenebrosos” (4-6).

Roma contaba con 170.000 habitantes y casi 400 iglesias, la mayoría ricamente adornada. Reclamaba tener 3.500 sacerdotes y 1500 monjas en su mayoría encerradas en conventos. No se podía distinguir a los miembros de las órdenes mendicantes de los numerosos pobres y malolientes que pedían limosna. “En contraste, el alto clero estaba formado por los príncipes de

la iglesia. Vivían en esplendor, y ocupaban los puestos más altos de gobierno y controlaban las mejores tierras de cultivo, las que producían la mitad de toda la riqueza de la agricultura en los Estados Pontificios, y sin pagar impuestos. Los prelados administraban la tesorería pública, considerándola no como una propiedad pública, sino de la iglesia. Estaban a cargo también de todos los colegios, las cortes y la policía.

“Un cardenal,” observaba el embajador francés, “es un príncipe en Roma, y un señor en las provincias” (6). Por la palabra del papa o de sus cardenales, podía sentenciarse a muerte a todo sospechoso de querer fomentar la rebelión contra las autoridades eclesiásticas. Esto último se vio más definitivamente cuando por dos décadas pudo el papa recuperar el gobierno de las fuerzas populares, gracias a la intervención extranjera. Trajeron dos guillotinas donde cortaban a gusto y placer muchas cabezas de quienes se rebelaban a la autoridad eclesiástica.

El bajo clero era otro tema. Estaba compuesto por sacerdotes, monjes, frailes y monjas que “provenían en su mayor parte de familias humildes, eran pobremente educados, y especialmente en zonas rurales, vivían en pobreza. Los sacerdotes en la capital eran una excepción, porque gozaban algo del poder que provenía del casamiento de la autoridad religiosa y la civil. Cuando la gente se cruzaba en las calles de Roma con un cura párroco, se quitaba sus sombreros, y las mujeres y los niños besaban su mano. Esos curas se sentían libres de entrar en cualquier casa en su parroquia y a cualquier hora para ver si se obedecían los preceptos de la iglesia. Empleaban a espías y requerían a la policía revisar las casas, hacer arrestos domiciliarios, y arrastrar a la gente a los calabozos de la ciudad. Cuando se traía a corte a esos encarcelados, a menudo después de varios meses, lo hacían ante jueces que eran sacerdotes. El testimonio de los sacerdotes allí eran tenidos en cuenta como evangelio” (6-7).

Muchas de las causas en las cortes tenían que ver con adulterio, sodomía, juramento, no abstenerse de comer carne durante la Cuaresma, etc. Nada de esto, por supuesto, favorecía el deseo de apoyar la continuación de lo que llamaban “gobierno sacerdotal”. Por tal razón, entre las cosas que más odiaba la población estaba el confesionario. “Para la gente de Roma nada simbolizaba más la intrusión de la mirada sacerdotal en sus vidas que los confesionarios, donde se los presionaba para que revelasen sus pensamientos ilícitos y hechos bajo amenaza de excomunión” (210). Y si no se confesaban, no podían participar de la comunión y pasaban a ser el blanco de las sospechas de la iglesia. Por tal razón, cuando los franceses estaban para asaltar la ciudad al concluir el medio siglo, la población arrancó los confesionarios de las iglesias e hizo barricadas con su madera para protegerse de la invasión. Hasta planearon hacer una hoguera con esa madera al bajar la noche (210).

“Cada casa y cada negocio tenía una imagen de la Madona... Cada familia tenía un santo particular... Los romanos”, según un visitante francés, son devotos por hábito, “por temor al infierno y por temor a sus curas párrocos”. Ellos podrán estafar a un extranjero sin escrúpulo, o acuchillar a un vecino en un momento de ira, “pero faltar a la misa el domingo, no hacer la menor cosa requerida para el día del santo, o comer carne el viernes, nunca” (7-8).

A Pío Nono le gustaba salir a pasear en las tardes en un carruaje por la ciudad. Un testigo presencial describe la escena que se daba. “Abruptamente, sonriendo, [el papa] descendía por la escalera y con juvenil agilidad subía al carruaje. En el camino que seguía se lo veía como un

guerrero, aunque su faz era angelical.” Cuando la gente veía acercarse la carroza se arrodillaba. Al pasar frente a ellos Pío los miraba con afecto y levantaba su mano para bendecirlos (46).

Siempre hubo una comunidad de judíos en Roma. Era pequeña, pero fue maltratada por siglos por los papas quienes justificaban el maltrato en la crueldad que los judíos habían manifestado contra el Hijo de Dios. En la época de Pío Nono había unos 4.000 judíos. Habían sido confinados a un gueto amurallado desde el S. XVI. Un guardia controlaba los portones de ese gueto para impedir que entrasen y saliesen libremente de allí. Ese guardia debía ser pagado por los mismos judíos a quienes no se les permitía tener negocios fuera de la ciudad, ni educar a los hijos en las escuelas públicas. Hitler se inspiró del catolicismo para odiar a los judíos e imponer un gueto también en pleno S. XX. Lo curioso es que en un momento en que las arcas se habían vaciado en Roma, Pío Nono recurrió a un banco extranjero administrado por judíos para que le prestasen dinero. Esos judíos reclamaron para sus hermanos en Roma que les diesen libertad. Pero el papa se lavó las manos diciendo que si estaban encerrados en guetos era para protegerlos del vandalismo exterior que, todo el mundo lo sabía, era alimentado por la misma iglesia.

“Mientras que los papas habían gobernado en los Estados Pontificios *por más de mil años*, la extensión de sus territorios había menguado y crecido según las campañas militares y los manejos diplomáticos que ampliaban su reino... En total, las tierras papales abarcaban el 14 % de lo que hoy es Italia”, y habitaban allí tres millones de personas iliteratas y campesinos que vivían escasamente del campo. “A raíz de la Revolución Francesa y la difusión subsecuente de sus doctrinas por Napoleón y el ejército francés, la gente comenzó a poner en tela de juicio la noción de que Dios había ordenado la jerarquía social como lo estaba” (8).

Sistemas de gobierno en pugna

Pío Nono creía, como todos los papas en general, que la autoridad política y religiosa que había recibido provenía de Dios mismo. También la autoridad de los monarcas católicos provenía de Dios y dependía del papa. En 1846, en su primera encíclica llamada *Qui pluribus*, Pío IX se refirió al derecho divino de los monarcas europeos. “Confío en que nuestros líderes políticos tendrán en mente de acuerdo con su piedad y religión, que ‘el poder real les fue conferido no sólo para gobernar el mundo sino especialmente para la protección de la Iglesia” (298).

Esto lo entendían los reyes católicos también quienes en el S. XIX sintieron que debían evitar que el papado cayese sobpena de correr ellos mismos la misma suerte. El deber del pueblo, según el papa, era someterse a esa autoridad divina de papas y reyes, algo en lo que concordaba la monarquía y toda la aristocracia que se sustentaba de esa autoridad. Por esta razón, cuando se formó un gobierno popular y se estableció la Asamblea Constituyente en Roma, todos los países católicos quisieron intervenir para derrocarla y restablecer el gobierno papal.

Curiosamente, Pío IX justificaba tal convicción de autoridad político-religiosa que poseía, en Rom 13:1-2, donde dice que “no hay autoridad sino de Dios... De manera que quien resiste la autoridad resiste a Dios quien la designó”. También citaba a San Agustín quien declaró que la Iglesia Católica enseñaba a los esclavos a mantenerse en sumisión a sus amos (311-312).

Pero la declaración de Pablo en Rom 13 se inserta dentro del concepto del reino de Cristo como no siendo de este mundo (Mat 4:8-10; Jn 18:36). Lo que Pablo dio a entender fue que el cristianismo no debía involucrarse en luchas políticas (2 Cor 10:3-5), sino que proponía una transformación espiritual interior que a la postre, iba a terminar con el gobierno autoritario de Roma y su sistema de esclavitud. Y en todo lo que no altera la ley divina es obligación de todos respetar la autoridad que Dios permitió que se estableciese para mantener el orden civil. Pero tal consejo no implicaba un embanderamiento cristiano a un sistema particular de gobierno. Por el contrario, Dios no quiso la monarquía en el Antiguo Testamento como sistema de gobierno, aunque como árbitro de todos los destinos, la toleró (1 Sam 8). Tampoco Jesús quiso que su iglesia ejerciese en el ámbito espiritual, el mismo estilo de gobierno monárquico que imperaba en sus días (Mat 20:25-28; Mar 10:42-45; Luc 22:24-27).

Lamentablemente para el papa, el tremendo terremoto político producido por la Revolución Francesa en Europa había traspasado sus fronteras y se hacía sentir también en Roma. La gente no quería más ese sistema de gobierno teocrático divinamente señalado según la opinión de reyes y clérigos, que sumía a las poblaciones a una esclavitud eclesiástica y monárquica demasiado pesada para poder sobrellevarla. ¿En qué consistía la nueva doctrina popular?

1) *Soberanía*. La nueva corriente que se expandía por doquiera en el S. XIX afirmaba que la soberanía no debía estar en manos de unos pocos que ostentaban el poder (papas, eclesiásticos, reyes, aristócratas), sino en el pueblo. “Un papa-rey esgrimía un ejército y una fuerza policial”, lo que ahora se veía como una reliquia de la Edad Media. Seguían aceptando al papa en su función espiritual, pero para muchos no debía tener funciones reales. Tampoco los sacerdotes debían tener funciones policíacas y judiciales (9).

2) *Igualdad*. El principio de soberanía del pueblo implicaba también igualdad. ¡No más castas, no más privilegios para unos pocos en desmedro de la mayoría, no más exclusión eclesiástica! Los judíos tenían el mismo derecho de todo otro ciudadano. Por tal razón, cuando se estaba para establecer una Asamblea Constituyente en ausencia del papa que se había fugado al reino de Nápoles, muchos gritaban en parodias: “¡Larga vida para los excomulgados! ¡Buen viaje para el papa y los cardenales!” (143). Cuando finalmente se instituyó esa Asamblea por sufragio popular (140-141), se abrieron las cárceles y se dio libertad a los que habían sido condenados por la Inquisición (157). Hasta las prostitutas encarceladas salieron libres (149).

Carlo Armellini, uno de los tres miembros elegidos para el triunvirato ejecutivo, requirió de todas las instituciones eclesiásticas un inventario de sus propiedades. Desconfiando que ese sería el primer paso para confiscar los bienes de la Iglesia, se resistieron. Como resultado, no pocos sacerdotes y monjes fueron a parar a la cárcel. El control eclesiástico de las escuelas y universidades terminó, con excepción únicamente de los seminarios religiosos (156).

“Todos los privilegios especiales para el clero se eliminaron, así como todos tribunales eclesiásticos que tenían jurisdicción sobre el laicado. Las vastas posesiones de tierra de la iglesia pasaron a ser declaradas propiedad del estado, y se abolió la censura” (157). “El gobierno declaró que los palacios del Vaticano y el mismo Quirinal fuesen propiedad pública. Los hospitales, los organismos públicos de caridad, los orfanatorios, todo lo que había sido administrado por la iglesia, así como los legados, estaba ahora en manos de la república” (159).

3) *Democracia y libertad*. En una sociedad moderna, todo ciudadano, sin importar su creencia, tiene derecho a determinar por voto la clase de gobernantes que desea. Este principio viene de la Revolución Francesa. Pero iba contra lo que siempre había inculcado el papado basado en la filosofía de Tomás de Aquino quien creía que el mejor sistema de gobierno era el monárquico. Por eso, todos los papas desde la Revolución Francesa hasta Pío XII fueron antidemocráticos, monárquicos, y fascistas cuando cayeron las monarquías.

Pío VI al concluir el S. XVIII condenó los derechos humanos como la libertad de conciencia, y Pío XII hizo recordar a los católicos varias veces en 1953, que la libertad de conciencia es “una idea errónea que no tiene derecho a existir”. Esto es llamativo porque por más apertura que aparenta tener hoy el papado, en el nuevo catecismo acuñado por Juan Pablo II siguen negando disimuladamente la libertad de conciencia. Literalmente dice ese catecismo que “el derecho a la libertad religiosa no es ni una licencia moral para adherirse al error ni un supuesto derecho al error”. ¿Dónde fundamenta semejante afirmación? En los papas que nunca pudieron asimilar los conceptos modernos de democracia y libertad en los S. XIX y XX, esto es, en León XIII (*Libertas praestantissimum* 18) y en Pío XII (AAS 1953, 799).

“El punto de vista de que la democracia y los derechos humanos son incompatibles con los principios de los Evangelios fue proclamado sin descanso por todos los papas hasta mediados del S. XX. Con su denuncia de la Revolución Francesa, Pío VI inauguró así una batalla improductiva de 150 años del Vaticano contra el liberalismo” (cf. A. Flis, *The Catholic Church's War with Democracy* [http://dspace.upce.cz/bitstream/handle/10195/35321/FlisA_The?sequence=1]).

En marzo de 1791, en la encíclica *Quod Aliquantum*, Pío VI se dirigió a los obispos franceses condenando la idea de que no se puede discriminar la gente por su religión. En su alocución dijo que “en los ojos de la Asamblea, esta ley monstruosa está basada en la libertad e igualdad natural del ser humano, pero, ¿puede haber algo más incomprensible que establecer tal libertad e igualdad licenciosas? Esa libertad... que la Asamblea Nacional garantiza a los humanos como un derecho de nacimiento inalienable es incompatible con la ley establecida por Dios el Creador... La sociedad humana no es nada más que un contrato general para escuchar a los reyes cuyo poder deriva no de un contrato social sino de Dios”. Para Pío VI, los principios de igualdad y libertad de expresión votada por la Declaración de los Derechos del Hombre y de los Ciudadanos tendía a “tirar abajo la fe católica y con ella la obediencia debida al Rey”.

El papa Gregorio XVI, en su encíclica *Mirari Vos* de 1832, se refirió al liberalismo como “una doctrina abominable”, y a la libertad de conciencia como “un error, un absurdo, o aún algo demencial”. Ya vimos más arriba la encíclica *Quanta Cura* de Pío IX que promulgó en 1864, al que le agregó un *Sílabo de Errores*, entre los cuales estaba el pretender que el papa “podía y debía reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la cultura moderna”.

4) *Nacionalismo y unificación*. Europa no estaba dividida como la vemos hoy. En Alemania había varios principados. Asimismo “la Península Itálica estaba dividida en una multitud de diferentes estados, un rejunte de reinos, puestos de avanzada imperial y ducados. El Imperio Austríaco gobernaba muchos de ellos directa o indirectamente” (9). Pero ahora surgía el nacionalismo por todos lados, y cundía en la península itálica, requiriendo la unificación. Entre

elegir revivir el pasado medieval o aventurarse al futuro democrático, la gente prefería lo nuevo. No se querían más ejércitos extranjeros que invadiesen Italia para mantener el sistema abusivo que había imperado en Europa durante más de un milenio.

A quien más odiaban los liberales que proponían la unificación de los diferentes estados italianos, era a los jesuitas. En 1843 Vincenzo Gioberti consideraba a los jesuitas como los más grandes enemigos de Italia. En 1846 publicó un libro sobre *Los Jesuitas Modernos* donde los retrataba como la fuente de todo mal, en parte por una alianza profana con la católica Austria que invadía el norte de la península para sostener el sistema papal. “Si tuviera que elegir”, escribió en una carta en 1847, “entre expulsar a los austríacos y desterrar a los jesuitas, haría lo último, porque sin los jesuitas, los austríacos podrían hacer poco daño y no durarían mucho” (48-49).

No debía extrañarnos en este contexto, que Pío Nono condenase la “unificación” de Italia, porque vio que llevaba a la eliminación de los sistemas monárquicos. Le dijo a Alfonso Rayneval, el diplomático francés en Nápoles, que “los italianos liberales... tienen sólo una idea en sus cabezas: la unificación. Una idea impráctica... que sólo llevará al sufrimiento aquí... Por el hecho de que Francia pudo establecer su unidad, ¿pueden asegurar Uds. que Italia puede hacer lo mismo? ... Uds. los franceses... tienen un instinto prodigioso por la nacionalidad. Uds. están siempre listos para sacrificarse por su país. ¿Vio Ud. algo semejante en Italia? La unificación es un sueño salvaje...” Para esa gente liberal, “los soberanos entre quienes Italia está dividida son obstáculos que deben removerse... Pero entre esos obstáculos el más grande de todos es el Papa. Terminar con la soberanía del Papa es, para ellos, cumplir con tres cuartos de su objetivo” (298). Y cuando su profecía se cumplió, promulgó una encíclica en 1871, donde volvió a excomulgar a los líderes de la nueva nación italiana y declaró nula y sin efecto la ocupación gubernamental de los Estados Pontificios (343).

5) *Separación Iglesia-Estado*. Pío Nono captó el espíritu nacionalista que crecía en Italia, y lo apoyó parcialmente al principio esperando congraciarse con el pueblo. Tal es así que muchos llegaron a pensar que el papa iba a apoyarlos en su lucha por la independencia de potencias extranjeras. Pero pronto captó la razón por la que era vitoreado. Cuando Giuseppe Montanelli, un campeón de la federación de Estados Italianos, le dijo que la gente lo aplaudía porque pensaba que traería independencia, unidad y libertad a Italia, Pío IX respondió: “Es verdad”. Pero “nada me agrada más que escuchar al pueblo cuando aclama no ‘Viva Pío Nono’, sino ‘Viva il Santo Padre’. Porque mientras que uno es un clamor político, el otro es religioso. Se refieren a mi cuando dicen ‘Viva Pío Nono’. En cambio dicen ‘Viva il Santo Padre’ al sucesor de Pedro” (47).

En realidad, Pío IX quería que lo aclamasen de las dos maneras. Fue uno de los papas que más disfrutó de la alabanza del pueblo en sus primeros años de reinado. Pero se disgustaba cuando veía que ante cada concesión que daba al pueblo en esos avances seculares, más le pedían. La gente hasta llegó a pensar que el mismo papa podía ser el líder en Italia del cambio liberal que se estaba produciendo en Europa. Y a pesar del placer que le causaba su popularidad demagógica, llegó el momento en que Pío Nono se dio cuenta de que las demandas populares eran incompatibles con su pontificado divinamente designado. Y al sacar las uñas para mostrar su verdadera ideología, acusó al pueblo de ingrato ante tantas manifestaciones de afecto que le había brindado.

Hoy muchos creen que el papado ha cambiado en este punto también, porque desde Juan Pablo II en adelante, los últimos papas han estado posicionándose en favor de la separación de Iglesia y Estado. Pero ese es otro engaño. Como lo demuestro en otro documento titulado “¿Santa Sede o Nido de Corrupción?”, la separación que requieren es no Estado sobre la Iglesia, sino Iglesia sobre el Estado. Mientras que los principios modernos de democracia y libertad requieren separación mutua, sin injerencia del estado en el ámbito religioso, ni de la iglesia en el ámbito estatal, de parte de la iglesia católica siguen sosteniendo que es deber del estado imponer los dogmas de la iglesia.

La fuga

Se formaron en Roma varios clubes que fomentaban las nuevas ideas independentistas que provenían de Francia. Los más significativos fueron el Club Popular y el Club de Roma (103). Temeroso de las reacciones populares que requerían igualdad y que se multiplicaban en Roma, ya no se atrevía más el papa a salir por la ciudad. El pueblo comenzó entonces a preguntarse por qué se había encerrado el papa en su palacio. Viendo la necesidad de mostrarse al pueblo, los cardenales le dijeron cierto día que todo estaba en calma y que podía salir a pasear otra vez y bendecir a la gente. Cuando unas 300 personas lo vieron, rodearon su carruaje y comenzaron a gritar: “¡Muerte a los jesuitas!” Y levantaron un cartel que decía: “¡Santo Padre, justicia para el pueblo!”, lo que implicaba una condena a los tribunales eclesiásticos y la policía papal. El papa quería la alabanza del pueblo sin dejar de ser él quien dispensase a su voluntad y placer lo que iba a otorgarles. Como alguien lo detectó entonces, “lo que quería era medidas liberales y gobierno arbitrario”, algo imposible de combinar (56-57).

Cuando la gente vio que se habían imaginado un papa que nunca fue, porque no iba a concederles todos los cambios que pedían, muchos pasaron de vitorearlo “viva Pío IX”, para gritarle “traidor” e “imbécil” (86). El cardenal secretario de estado escribió poco después a todos los nuncios en Europa, que “se había tramado una conspiración”, un complot que tenía como propósito despojar al papa de su soberanía. Corrió el rumor de que si el papa no iba a respaldar el esfuerzo de guerra contra Austria por invadir el norte de los Estados Pontificios, los guardias cívicos iban a quitarlo del palacio Quirinal y llevarlo a la Basílica de San Juan Laterano. Desde allí podría ejercer su función espiritual, y dejar libre la función política a otros (91-92). El embajador de Sardinia constató que “por doquiera”, el papa estaba “siendo tratado con desprecio” (92).

En su desesperación intentó el papa nombrar como ministro del interior (y como tal a cargo de la policía), así como de finanzas, a un hombre duro como Pellegrino Rossi. Mediante él pensaba que podría imponer el orden en un gobierno que se le había ido de las manos. Rossi fue mirado entonces como traidor de la causa independentista que había abrazado anteriormente. Pero Rossi respondió: “si quieren destruir la autoridad del papa, tendrán que hacerlo sobre mi cadáver” (101). Y eso fue exactamente lo que sucedió al concluir el año 1848. Al grito de una multitud que gritaba, “¡Deguéyenlo! ¡Deguéyenlo! ¡Mátenlo!”, uno sacó una daga y lo decapitó. Cientos se pararon luego frente a la ventana de su casa para gritar delante de su viuda y de sus dos hijos: “¡Bendita sea la mano que acuchilló a Rossi! ¡Bendita sea la mano del que acuchilló al tirano!”

Ningún defensor del papa apareció. El Club Popular anunció que iba a mantener el orden hasta que se nombrase un nuevo gobierno. El papa no se dejó intimidar y ordenó que cada uno se fuese a su casa. La multitud se enfureció y quemó parte del portón del palacio. A duras penas pudieron desde adentro sofocar las llamas que amenazaban con quemar el edificio entero. El hombre que debía pronunciar el texto oficial del papa fue alcanzado en el pecho por una bala cuando se paró frente a una ventana cerca del papa Pío. Para ese momento ya había diez mil personas que se habían reunido, muchos de ellos armados. La Guardia Cívica desarmó la Guardia Suiza del papa, y pasó a controlar el Palacio Quirinal (106-108). La mayoría de los cardenales desertaron. No se veía en ningún lado aristócratas. Pío Nono tuvo que ceder ante las demandas de una constitución y de un nuevo gobierno popular, mientras decía en privado a los poderes extranjeros que ese gobierno no tenía legitimidad.

Pío IX sabía que había llegado el momento de huir. Disfrazado de un sacerdote común con lentes oscuros, logró evadir la Guardia Cívica por un pasadizo secreto y se dirigió hacia el sur. Varios países católicos le ofrecieron refugio. Entre ellos estaban España, Francia que aún se debatía entre el catolicismo y el ateísmo, Austria y Bavaria. Pero, ¿en qué país podría ejercer su función con mayor libertad, y conseguir apoyo extranjero para volver a Roma? No confiaba en los franceses porque dos papas anteriores habían sido confinados allí. Finalmente decidió exiliarse en Gaeta, cerca de Nápoles, donde gobernaba un fiel devoto católico llamado Fernando II de las Dos Sicilias (Sicilia y Nápoles).

Mientras tanto, el vacío de poder que dejó en Roma la fuga del papa, fue llenado por las fuerzas liberales quienes establecieron por sufragio universal masculino una Asamblea Constituyente, la que nombró un Triunvirato que terminó con las impunidades eclesiásticas y aristocráticas. Desde Gaeta, el papa los excomulgó a todos el 1 de Enero de 1849, y comenzó a pedir la intervención militar de los países católicos para que viniesen a imponer el orden en Roma y restablecerlo en su sede papal. “Sólo un pequeño número de personas, les aseguraba el papa, había causado sus problemas en Roma”.

Austria estaba dispuesta a venir en su socorro, pero no iba a hacerlo sin el visto positivo de Francia, país que ya había advertido al reino de Austria de no intervenir en forma unilateral (169). España enviaría tropas que invadirían la península por el sur, apoyando al rey Fernando II. Entre Pío IX y el emperador austríaco acordaron repartir la invasión de los Estados Pontificios dejando a Francia que lo hiciese directamente en Roma. Confiaban en que luego de restablecer el orden en la ciudad, lograrían hacer que los franceses se fuesen. Pero Francia había dicho que iba a respetar la decisión del pueblo.

Para nombrar la Asamblea Constituyente votó la tercera parte de la población, a pesar de la amenaza papal de excomunión a los que consideró insurgentes por establecer ese gobierno, amenaza que se concretó el 1 de Enero de 1849. La asamblea declaró nulo el gobierno del papa y nombró en su lugar un triunvirato. Se abolieron todas las impunidades eclesiásticas y aristocráticas y se promulgaron todas las libertades que garantizaban los derechos del hombre. El General Garibaldi, el héroe de dos mundos (Sudamérica y Europa), vino con sus legionarios y se puso al servicio del nuevo gobierno. Frente a la amenaza de invasión, el triunvirato comenzó la preparación de la defensa de la ciudad, mientras respondía a las acusaciones papales de anarquía, diciendo que todo era mentira, y que había paz y orden en Roma.

La duplicidad francesa

Francia ganó el Mundial de Fútbol de Rusia 2018. Un senador norteamericano dijo luego que quien ganó realmente el mundial de fútbol fue África, porque los principales jugadores fueron africanos nacionalizados franceses. El embajador francés reaccionó, herido, diciendo que en Francia no existe el racismo que hay en Norteamérica, por lo que fue Francia la campeona. ¿Será realmente así?

No pude evitar evocar la conversación que tuve con un camerunés en el tren que me llevaba de Kiev a Crimea, hace unos años atrás. Era con el único que podía conversar porque en el Camerún se habla francés. Le pregunté sorprendido la razón por la que estaba en Ucrania, y no en Francia donde no tiene que aprender otro idioma. La respuesta fue que había obtenido una beca. Pero fue más allá de mi pregunta y me dijo que los ucranianos eran racistas. Otra vez le pregunté por qué no iba a Francia. Me respondió que mientras que en Ucrania el racismo es abierto, en Francia el racismo es hipócrita, y que prefería un racismo franco antes que un racismo disimulado.

Al leer el libro de David Kertzer sobre el papel que desempeñó Francia en esa época de revolución secular en Roma, puedo ver la misma política ambivalente que nuestro autor interpreta como “duplicidad”. Mandó un ejército con la intención de poner orden en Roma, mientras decía que iba a respetar la soberanía del pueblo. De Roma le respondían que el gobierno actual había sido elegido por el pueblo, de manera que, ¿para qué venían ahora con un ejército queriendo tomar la ciudad? Mientras tanto, Francia le prometía al papa instalarlo de nuevo en Roma, pero le requería respetar la decisión del pueblo. De manera que tanto el papa como la República en Roma desconfiaban, desde distintos ángulos, sobre los verdaderos propósitos de los franceses.

Esa duplicidad o hipocresía tenía cierto trasfondo. Francia se debatía todavía entre los liberales y los conservadores, por lo que sus embajadores ante el papa en Gaeta y en Roma eran católicos, y no siempre daban un informe real de la situación. Por otro lado tampoco quería Francia dejarle el camino despejado a Austria para que ejerciese su juego político sin restricciones (165,174). Y Austria tampoco quería darle a Francia un justificativo para apoyar a los levantiscos pueblos del norte de la península donde imperaban los austríacos. Por lo cual le propuso a los franceses quedarse con Roma y dejarle a Austria el norte (160).

“Después de la Roma de los Emperadores, después de la Roma de los Papas, vendrá la Roma del Pueblo”, decía Mazzini, el héroe de la República en Roma (162). Pero los franceses venían con un ejército queriendo derrocar al triunvirato que gobernaba Roma respaldado por un sufragio universal masculino, pretendiendo establecer un gobierno del pueblo, y queriendo restablecer el gobierno del papa. Al mismo tiempo, el embajador francés le decía a Pío IX: “la gente ve a Austria como la representación del principio de absolutismo y a los austríacos como los opresores de Italia. Nosotros, por el contrario, somos vistos como los defensores de la libertad, como los protectores de la emancipación de los pueblos” (171). Pero entonces, ¿por qué querían establecer de nuevo al papa en Roma?

Creando realmente que “el mantenimiento del gobierno temporal de la venerable Cabeza de la Iglesia” estaba “íntimamente ligada al esplendor del catolicismo”, Luis Bonaparte ganó las elecciones en Francia. Y se propuso restablecer a Pío Nono en Roma, a condición de que aceptase un gobierno secular. Pero el papa no cedió un ápice, y los embajadores católicos de Francia en Gaeta y Roma mantenían la esperanza del gobierno francés de que iba a cambiar, algo que nunca ocurrió.

Los franceses creyeron al papa, y luego de desembarcar en Italia, decidieron enviar parte del ejército a Roma, pensando que iban a tener el apoyo de la gente que estaba dominada por unos pocos extremistas. Pero se pelaron la frente porque fueron repelidos con pérdidas significativas. Eso les hizo ver a los franceses que el pueblo no quería más el gobierno del papa, pero por otro lado no querían retirarse con una derrota. Debían restablecer el honor de Francia tomando la ciudad y ganando la guerra. Por lo cual vinieron más tarde con todo el ejército, muy superior en armas y soldados al ejército improvisado de Roma.

El pueblo en Roma se preparó como pudo, dispuesto a defenderse hasta morir si era necesario. El diplomático norteamericano escribió entonces: “El conflicto no es más entre un ejército y otro..., sino una lucha que comprende un mundo entero de ideas, esperanzas y fe, que puede tener un eco en las más lejanas generaciones. El objeto de la intervención es sacudir el edificio de la religión católica en sus mismos fundamentos, tirando abajo la fe de miles de corazones... La consecuencia... es que muchos están ahora preguntándose si aquel que representa una religión de paz tiene derecho a restablecer el poder temporal por medio de ejércitos; y no pocos comienzan a dudar de la verdad de la religión católica, a consecuencia de lo que hace su cabeza. No pueden concebir cómo una religión... se ha vuelto ahora un arma que pretende transformar a hombres libres en esclavos” (236-7).

Muchos franceses se dieron cuenta de que el gobierno francés había caído en una trampa debido a su misma duplicidad. No pocos declararon que estaban haciendo el papel de ridículos, apoyando al papa quien no cedía en nada en sus intenciones de gobernar Roma como en toda la Edad Media, y pretendiendo defender la soberanía del pueblo (243). Pero habían perdido la primera batalla y debían recuperar su prestigio y honor. Por lo que dejaron de insistirle al papa que cediese a las demandas liberales del pueblo, y se contentaron con pedirle que fuese clemente.

La batalla decisiva duró cerca de un mes. El triunvirato reconoció que la masacre iba a ser espantosa si no renunciaba. Miles morían de los dos lados. Pero el ejército francés estaba mejor pertrechado y contaba con más soldados. El triunvirato consultó con Garibaldi, quien les dijo que lo mejor era retirarse y volver más adelante. “Italia necesita mártires, muchos mártires, antes de ser libre y grande”, dijeron al partir. El triunvirato escribió a los romanos antes de irse: “Una nube se levanta sobre vosotros hoy. No durará mucho... Dios quiere que Roma sea libre y sea grande; y lo será. La de Uds. no es una derrota. Es la victoria de los mártires para quienes la sepultura es la antesala del cielo” (249).

Momentos antes de entrar los franceses, el presidente de la Asamblea reunió al pueblo y leyó una constitución que habían estado preparando. “El gobierno democrático tiene como su gobierno básico la igualdad, la libertad y la fraternidad. No reconoce títulos de nobleza, ni privilegios de nacimiento o de casta”. La constitución reconocía la igualdad de todos ante la ley, sin importar la

religión. Se abolía la pena capital. Se aseguraba la libertad de expresión y de asociación, y se protegía la privacidad. Se declaraba que la Asamblea debía ser elegida por sufragio universal masculino para hacer las leyes” (252).

Los franceses entraron marchando al son de una banda. Al descubrir que eran impopulares y el odio que despertaban en la gente que gritaba, “¡larga vida para la República Romana!”, “¡muerte al papa Pío IX!”, y “¡soldados del papa!”, dejaron de tocar la banda. Al general francés le gritaban: “¡Cardenal Oudinot!” [equivalente a vendido a los cardenales], “¡Mentiroso!” “¡Carnicero de Roma!” Un grupo de leales papistas que se atrevieron a dar la bienvenida a las tropas francesas, fue víctima de la furia popular que los mató (253).

Los franceses hicieron volver al papa, quien agradeció al general francés por restablecer el orden ante la anarquía causada por unos pocos hombres, según declaró. Sin embargo, lamentaba la indulgencia francesa que dejó escapar a los revolucionarios a quienes quería ver juzgados y aniquilados, y por no levantar la bandera papal en Roma (260). Mientras en Francia decía Luis Napoleón: “Cuando nuestros ejércitos se abrieron camino en Europa, doquiera iban dejaban en claro en su estela, la destrucción de los abusos del feudalismo y las semillas de la libertad. Que no se diga que en 1849, un ejército francés pudo actuar en una dirección diferente y producir resultados diferentes” (288).

Pero justamente eso se terminó diciendo de los franceses. Se restablecieron los tribunales eclesiásticos en Roma, se trajeron dos guillotinas, y se cortaron cabezas al por mayor por dos décadas, de quienes habían apoyado la república (337). Y sin que las tropas francesas que permanecieron allí hicieran nada. Pero el odio que todo eso incrementó en la población contra el gobierno del papa iba a ser irrecuperable. Se podrán ganar batallas momentáneamente mediante ejércitos, pero la presión que aumentaba por debajo iba a terminar explotando con alcances tan vastos que todavía perduran hoy, más de un siglo y medio después.

Cambio de marea y proclamación de la infalibilidad papal

Durante los alrededor de 20 años de recuperación del poder papal en Roma, bajo la protección de las tropas francesas, hubo reacciones muy virulentas en Francia por el papel que ese país había estado desempeñando allí. Hasta el gran novelista Víctor Hugo se expresó ante la Asamblea Francesa diciendo: “Uds. tienen por un lado al presidente de la República, requiriendo libertad para el pueblo romano... Por otro lado, tienen al cardenal Antonelli rehusando, en el nombre del gobierno clerical. ¡Elijan!” (302).

Alexis de Born Tocqueville, ministro de Luis Napoleón en 1849, pudo ver incómodo cómo las fuerzas clericales se impusieron en Roma destruyendo el gobierno constitucional y restaurando la teocracia papal. Por eso más tarde, en la Asamblea francesa, no podía decir la verdad porque él había formado parte del ridículo. “¿Cómo podía decir a los diputados que el papa se había comprometido a restablecer la teocracia y que el gobierno francés, contra los deseos expresos de la Asamblea, había usado el poder militar para destruir una república, terminar el gobierno constitucional, y restaurar un gobierno ampliamente visto como un vestigio de los tiempos medievales? ¿Cómo podía admitir que lejos de actuar para frustrar las ambiciones de Austria, el

rival amargo de Francia, el gobierno había hecho exactamente lo que los austríacos querían hacer?” (393).

En 1850 escribía Luigi Carlo Farini, médico e historiador de la unificación de Italia, así como primer ministro del Reino de Italia, en forma telegráfica: “La educación y la caridad gobernada y administrada por el clero. La policía clerical y la policía francesa en Roma, la policía clerical y la policía austríaca en las provincias. Censura de la prensa administrada... no por ninguna ley, sino por el capricho del Santo Oficio de la Inquisición, los obispos, la policía... Todos los tribunales viejos civiles, comunales, eclesiásticos, mezclados y excepcionales, restaurados... Todos los privilegios e inmunidades del clero restaurados... Los jesuitas resurgentes y más poderosos... Las prisiones llenas” (315).

Testigos presenciales en Roma atestiguaban del odio popular hacia el papa a quien nunca salieron a vitorear. Pero los vientos políticos iban a cambiar, marcados sin duda por la Providencia. En 1859, Luis Napoleón se autoproclamó Napoleón III, y Víctor Emanuel II, el hijo de Carlos Alberto quien había sido destronado por los austríacos en Sardinia, estaba ansioso por vengar la derrota ignominiosa de su padre una década anterior. Las fuerzas francesas y de Sardinia se combinaron ahora en un nuevo esfuerzo por expulsar a los austríacos del norte de la península. Al retirarse los austríacos, el pueblo salió a arriar las banderas papales y a expulsar también los clérigos que gobernaban en nombre del papa. En 1860 el papa se negó a negociar con Víctor Emanuel II, y requirió en una encíclica “la pura y simple restitución” de los Estados Pontificios, excomulgando otra vez a los que usurpaban las tierras papales (339).

Al enterarse el general Garibaldi de esos movimientos, desembarcó en Sicilia con un ejército de voluntarios de mil hombres, y comenzó a avanzar hacia el norte, hacia el reino de Nápoles. Francisco II, de 24 años, hijo de Fernando II, se rindió en 1861. Toda la región sur estaba ahora en manos del rey Víctor Emanuel II. Más tarde se proclamó el Reino de Italia sin incluir todavía a Venecia aún en manos austríacas, y Roma en deferencia al papa y a las tropas francesas que todavía estaban allí, y que le pidieron al rey italiano no tocar Roma (339). Pero para los patriotas no podía haber unificación sin Roma, la capital.

El cardenal intransigente del papa, Antonelli, según el enviado británico a Roma, ponía su esperanza “en una guerra europea para arreglar las cosas otra vez en la Santa Sede”. Fue entonces, en 1864, que el papa proclamó su encíclica *Quanta Cura* que ya mencionamos, acompañada de un *Sílabo de Errores*, donde advertía contra la libertad de expresión, de prensa y de religión... En 1868 el papa todavía estaba confiado porque habían venido católicos voluntarios para pelear por el papa de muchos países: Francia, Irlanda, Alemania y hasta de Canadá. En 1869 el poeta norteamericano Henry Wadsworth encontró la ciudad de Roma “atribulada” y “depresiva”, y le dijo al cardenal Antonelli cuán poco había cambiado Roma desde que había venido por primera vez en 40 años. “¡Sí, gracias a Dios!”, le respondió el cardenal más allegado al papa.

Al volver del exilio, Pío Nono no pisó más el Palacio Quirinal porque le traía malos recuerdos asociados a la República. Por esa razón, cuando sorprendió a todo el mundo con un llamado a todos los obispos, cardenales, cabezas de órdenes religiosas, para un concilio, los citó al Palacio Vaticano. En 350 años no se había celebrado un concilio tal. Se lo conoce como Concilio

Vaticano I. Ese concilio tuvo cuatro sesiones. En la última, en julio de 1870, se votó el *Dogma de la Infallibilidad Papal*. Todos captaban que en cuanto saliesen las tropas francesas, el gobierno papal iba a caer y con ello la marea vengativa iba a hacer estragos, como ya había pasado en las conquistas del rey en el sur y en el norte de Italia. Si el papa debía huir de nuevo, y si no podía volver más a Roma, podría al menos gobernar la Iglesia Católica desde cualquier lugar del mundo, y su palabra ser acatada como infalible. “La religión”, explicó Pío Nono, “es inmutable, no una idea, sino la verdad. La verdad no conoce cambio” (341).

Fue en ese Concilio Vaticano I que dio su famoso discurso el obispo José Jorge Strossmayer, de origen croata. Kertzer no hace referencia a ese discurso tal vez porque como judío, no se interesó en la argumentación bíblica e histórica que dio ese obispo contra la primacía papal y contra la infalibilidad. Su discurso duró tres horas, en medio de los gritos de furia de los demás cardenales y obispos que le gritaban hereje. Comparto aquí la página que contiene tal discurso. [<https://iglesiaantiguaencucuta.jimdo.com/discurso-del-obispo-strossmayer-referente-al-dogma-de-la-infallibilidad-papal/>]

Francamente no entiendo cómo pudo Strossmayer dar semejante discurso. Vale la pena ver toda la documentación que usó. Creo que Dios lo usó en forma parecida a Esteban cuando se dirigió a los líderes judíos en el último mensaje de amonestación que dio a esa nación. En esencia, según declaró, no hay base bíblica ni histórica para tener un papa, ni menos para pretender la infalibilidad. Dijo que el levantamiento del papa marcó la caída moral y espiritual de la iglesia cristiana, con una corrupción que perdura hasta hoy. Y advirtió al concluir que Dios no necesita del general Garibaldi para castigar semejante blasfemia, dando a entender que la espada secular estaba a las puertas.

La proclamación de la infalibilidad papal el 18 de julio de 1870 enfureció prácticamente a todos los gobiernos de Europa, porque implicaba el mantenimiento de todo el cúmulo de barbaridades que se cometieron durante toda la Edad Media contra los derechos del hombre. Más todavía, aún los reyes que no habían caído sintieron que con ese dogma el papa imponía su autoridad sobre la de ellos, porque iban a perder ellos mismos influencia sobre todos sus súbditos católicos que iban a seguir al papa antes que a ellos. Pero los cardenales y obispos la votaron porque creían que era la única manera en que podrían mantener la fe católica en la batalla por la supervivencia de la iglesia. Los que se opusieron sintieron la ira del papa que los insultó como “malos”, “locos”, “incorregibles, serpientes cismáticas” (341-342).

Napoleón III amenazó entonces con retirar las tropas francesas de Roma. Dos días antes de la proclamación del dogma papal sobre la infalibilidad, Francia había declarado la guerra a Prusia. De manera que no le costó al rey Napoleón III retirar sus tropas de Roma una semana después de la proclamación de la infalibilidad papal, el 27 de julio para ser más precisos. Todo su esfuerzo militar debía centrarse ahora en Prusia.

Había llegado el momento para el rey de la nueva República Italiana invadir Roma. A lo largo de los siglos, desde que Justiniano impuso al papa como soberano de Roma, ningún rey se estableció en la ciudad de Roma en forma oficial y permanente. El 20 de septiembre de 1870 comenzó el asalto a las murallas de Roma. Lo que dos décadas atrás había llevado al ejército francés varias semanas para tomar la ciudad debido a la resistencia heroica de su pueblo, le llevó

ahora al ejército de Italia unas pocas horas. La razón de la poca resistencia que dieron las fuerzas papales, según el cónsul norteamericano de Roma, se debía a que las multitudes daban la bienvenida a los libertadores. Y los que habían gobernado Roma hasta ese momento, ahora iban a parar a los calabozos y cárceles de la ciudad.

Al año siguiente, Víctor Emanuel hizo su entrada triunfal a la nueva capital de Italia, y se instaló en el Palacio Quirinal. “Hoy”, escribió en su diario el historiador famoso Fernando Gregorovio, quien vivía en la ciudad, “es el cierre de mil años de dominio papal en Roma”. En una nueva encíclica al mes siguiente, Pío IX reiteró su excomunión a los líderes de la nueva nación, y declaró nula e inválida la ocupación de los Estados Papales. El papa se declaró prisionero en el Vaticano, y así lo hicieron los siguientes papas hasta que el papa Pío XI firmó un contrato con el dictador Benito Mussolini para quedarse con la pequeña propiedad del Vaticano en 1929, reconociendo en cambio, por primera vez en más de medio siglo, la legitimidad de la República Italiana.

En 1881, León XIII quiso cumplir con el pedido de Pío Nono de ser sepultado en la Basílica de San Lorenzo. Para evitar complicaciones, el papa actual organizó en secreto el traslado a media noche de los restos, y por una ruta secreta. Pero a los miles de fieles que vinieron a honrar al papa martirizado, se mezclaron grandes números de gente anticlerical. Cuando la procesión llegó al puente del río Tíber, cientos de personas comenzaron a gritar: “¡al río!” A duras penas pudo la guardia suiza evitar que lo arrojasen a las aguas nauseabundas y amarillentas del Tíber. Un reconocimiento póstumo a Pío Nono lo dio Juan Pablo II beatificándolo, y hay rumores de intentos de canonizarlo actualmente en Roma.

Conclusión

David Kertzer no esconde sus simpatías por el liberalismo político que trajo libertad al mundo, una libertad del absolutismo y despotismo medieval. Podemos entenderlo y estar de acuerdo con él porque como judío su piel es más sensible a la opresión vivida por tantos siglos bajo un sistema monárquico abusivo que pretendía haber sido impuesto por Dios para esclavizar a mucha gente. Debe elogiarse a Kertzer por su énfasis en esta historia de Roma, sobre la importancia en mantener la separación de Iglesia y Estado que permiten obtener y mantener la libertad de conciencia. Pero, ¿podemos mirar al iluminismo y al secularismo como una solución viable para los problemas de la humanidad?

El modernismo no es tampoco la solución. Por eso es lamentable que Kertzer no toca el otro extremo de la izquierda política que es un comunismo ateo totalitario que excluye las minorías y oprime de una manera equivalente la libertad de expresión y de religión. Tanto el absolutismo monárquico y medieval religioso como el liberalismo político son dos extremos de una misma herradura que no pueden otorgar paz a la humanidad. La libertad que tenemos hoy se debe a que esos dos extremos están en pugna, sin poder prevalecer el uno sobre el otro. Pero en cuanto cualquiera de los dos logra imponerse sin restricciones en la sociedad, la opresión aparece en el acto.

¿Cuál de los dos sistemas libera a la gente de la corrupción moral que anega al mundo? Ninguno. “No habrá paz para los impíos”, dice la Biblia (Isa 48:22; 57:21). La corrupción moral clerical

medieval ha salido a luz en los tiempos modernos de tal manera que nadie puede pretender que aquella fue una vida de santidad. Y por otro lado, los excesos del liberalismo moderno están a la vista del día. La corrupción moral y espiritual permea todas las capas sociales y religiosas. Esto lo documenta en un extenso estudio titulado “¿Santa Sede o Nido de Corrupción?”

Hoy la izquierda liberal está desprestigiada en la mayor parte del mundo, y gana fuerza la autoridad política papal y religiosa, aunque la batalla política sigue en pie desde una perspectiva ideológica. Cada vez más se mira a los regímenes de izquierda que todavía existen en el mundo como otra forma de esclavitud. Pero, ¿limpia ese hecho a la derecha que quiere imponer por ley los dogmas religiosos otra vez sobre la sociedad? Sabemos por la profecía bíblica que la tribulación religiosa se impondrá una vez más sobre la humanidad, cuando un anticristo blasfemo imponga su voluntad sobre toda la tierra levantando la última tribulación sobre el pueblo “remanente” que guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús (Apoc 13:11-18; 14:12; cf. 12:17). Pero eso ocurrirá para su destrucción final (Apoc 14:9-11; 18).

Está bien apoyar como ciudadanos los regímenes que nos otorgan libertad de conciencia. Está bien colaborar con toda gente de buena voluntad que desee mejorar en lo posible este mundo. Porque aunque sabemos que Dios nos dará otro cuerpo de gloria eterna (Filip 3:21), no por eso vamos a ultimar el que tenemos ahora apresurando su destrucción (1 Cor 6:19; 2 Cor 6:16). Así también procuramos hacer lo mejor para este mundo, mientras esperamos la redención final que Dios nos promete (Rom 8:22-23). Es por la manera como tratamos nuestro cuerpo y a nuestros semejantes, que Dios juzga nuestra vida y decide si concedernos o no la eterna del más allá (1 Cor 3:16-17; Apoc 11:18). Pero no nos hagamos jamás la ilusión de que aquí vamos a poder resolver todos los problemas de nuestra vida y del mundo. La salvación proviene de Dios.

Es una lástima que Kertzer termine su libro sin una solución definitiva que sólo la Biblia puede ofrecer. La verdadera liberación que Dios ofrece hoy es la liberación interior de toda alma abrumada por el pecado, cuyo resultado es la paz del perdón divino (Rom 5:1). Es la liberación de la corrupción moral que transforma a toda persona convertida de tal manera que su vida es puesta en sintonía con la ley de Dios (Sal 119:45; Sant 2:12). Para eso vino Jesús, a quien el mundo despreció porque quería una liberación puramente exterior, política. Dijo el Señor: “si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres” (Jn 8:36). “Conoceréis la verdad [de la Palabra de Dios], y la verdad os hará libres” (Jn 8:32). “Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad” (2 Cor 3:17).

¿Dónde estaba Dios, se preguntan muchos judíos, cuando se dio el “holocausto”? ¿Dónde estaba Dios, se preguntan muchos otros, cuando el papado romano torturaba y quemaba en la hoguera a millones de seres humanos durante todo el milenio medieval? ¿Dónde está Dios hoy cuando se levantan los odios y las pasiones humanas trayendo enfermedad, miseria, muerte y destrucción? La respuesta está en la cruz del Calvario. ¿Qué hacía Dios allí?

En la cruz del Calvario “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Cor 5:19). Allí estaba Dios mismo representando a lo vivo el mandato del Señor quien dijo, “amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mat 5:44-45). Por eso surgieron millones de

cristianos a lo largo de los siglos que no tuvieron temor de dar su vida por Aquel que había dado la suya para liberarlos. Eso es liberación pura. Es liberación del odio, de la amargura, de toda prisión interior de maldad. Y es también fe en las promesas divinas de restauración final.

“Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar”, dijo Jesús (Mat 11:28). En el Hijo de Dios se cumple la promesa dada por Dios a todos los atribulados de este mundo. Jesús dijo que esa promesa espiritual se cumplía con su primera venida. “El Espíritu del Señor DIOS está sobre mí, porque me ha ungido el SEÑOR para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros” (Isa 61:1). Esa es la verdadera “primavera” de libertad que tanto buscan aún hoy los hombres infructuosamente desde la perspectiva política.

Siendo que los hombres no podrán jamás en su condición caída arreglar los problemas de este mundo, nuestra fe se centra también en la liberación final que Dios promete a los que aceptan el evangelio. Esa liberación tendrá lugar cuando el Señor mismo venga de los cielos, juzgue y destruya todos los reinos del mundo, y establezca nuevos cielos y nueva tierra donde reine la justicia para siempre en medio de sus súbditos redimidos.

“El Dios del cielo levantará un reino que jamás será destruido, y este reino no será entregado a otro pueblo; desmenuzará y pondrá fin a todos aquellos reinos, y él permanecerá para siempre” (Dan 2:43). “Y vi las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y de la palabra de Dios..., y volvieron a la vida y reinaron con Cristo por mil años” (Apoc 20:4). “Y la soberanía, el dominio y la grandeza de todos los reinos debajo de todo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo. Su reino será un reino eterno, y todos los dominios le servirán [a Dios] y le obedecerán” (Dan 7:27). “Pero los santos del Altísimo recibirán el reino y poseerán el reino para siempre, por los siglos de los siglos” (Dan 7:18). “Y se hizo justicia a favor de los santos del Altísimo, y llegó el tiempo cuando los santos tomaron posesión del reino” (Dan 7:22). “Y reinarán por los siglos de los siglos”, esto es, eternamente (Apoc 22:5).

“El Señor no se tarda en cumplir su promesa, según algunos entienden la tardanza, sino que es paciente para con vosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos serán destruidos con fuego intenso, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser destruidas de esta manera, ¡qué clase de personas no debéis ser vosotros en santa conducta y en piedad, esperando y apresurando la venida del día de Dios, en el cual los cielos serán destruidos por fuego y los elementos se fundirán con intenso calor! Pero, según su promesa, nosotros esperamos nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia” (2 Ped 3:9-13; cf. Isa 66:22). El Señor vendrá “a destruir los que destruyen la tierra” (Apoc 11:18).

Juan describió ese mundo del futuro que sólo Dios puede hacer, no el hombre. “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y

Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” y definitiva (Apoc 21:1-8; véase cap 22).